



Capítulo 198 - ¡El pequeño general!

"Mmm... Me aburro...", murmuró Katharina, colgada boca abajo del borde de la cama, observando a Alice jugar distraídamente con dos muñecas. La pequeña figura parecía absorta en el mundo imaginario que estaba creando, manipulando las miniaturas que, curiosamente, se parecían a Katharina y Ada.

Ada, sentada a la mesa y escribiendo con atención en un libro grueso y ornamentado, levantó una ceja en respuesta. "¿Llevas meses fuera y ahora te aburres? Parece una broma".

Katharina suspiró dramáticamente, estirando el brazo como si buscara un apoyo invisible. "Uf... No sé... ya nada me emociona."

Roxanne, reclinada perezosamente en un sillón cercano, estaba absorta con una bandeja de dulces que parecía no vaciarse nunca. Aun así, un dejo de descontento se deslizó en su voz. «Ni siquiera vino a vernos... fue directo a hablar con su madre».

Ada detuvo su escritura por un momento, con la mirada fija en la punta del bolígrafo, como si reflexionara sobre algo lejano. «Echo de menos correr con nuestros coches...». Su voz tenía un dejo de melancolía, algo inusual en ella.

El silencio que siguió fue roto por un suspiro breve pero decidido. Alice, que hasta entonces parecía ajena a la conversación, dejó las muñecas sobre la mesa y se puso de pie de un salto. Sus ojos brillaban de determinación mientras caminaba hacia el centro de la habitación, con las manos en las caderas en una pose sorprendentemente autoritaria para alguien de su tamaño.





¡Basta! Su voz cortó el aire, atrayendo la atención de todos. Katharina giró la cabeza para mirarla al revés, Ada arqueó una ceja y Roxanne se detuvo a medio morder un dulce.

"¡Ustedes tres son ridículos!" declaró Alice, señalándolos con un dedo acusador. "¡Son increíbles! ¡Son poderosos! ¡Y aquí están, quejándose como un montón de... de... mortales aburridos!"

Roxanne parpadeó, confundida. "Eh, somos mortales".

Alice puso los ojos en blanco, exasperada. "¡Sabes a qué me refiero!" Empezó a pasearse de un lado a otro como una pequeña profesora. "¡Katharina, eres una fuerza de la naturaleza! Si te aburres, ve a buscar algo, o a alguien, para destruir a quien se lo merezca. ¡Ada, te encantan las carreras con esos coches ridículos! ¡Así que coge uno y corre hasta que sientas el viento en el pelo!"

"¿Y yo qué?", preguntó Roxanne, levantando una ceja mientras mordía un dulce con aire desafiante. Su postura relajada contrastaba con la creciente tensión en la habitación.

Alice se detuvo en el centro de la habitación, plantando los pies con firmeza, como si fuera una pequeña general lista para dar órdenes. Se cruzó de brazos y señaló directamente a Roxanne, con los ojos brillantes de férrea determinación.

—¡Deja... deja de comer esos malditos dulces y haz algo útil, Roxanne! —gritó con una voz aguda y una autoridad sorprendente—. Acabas de decir que está con su madre, ¿verdad? ¿Y qué tal si te levantas de ese trasero perezoso y haces algo para demostrar que eres importante? ¿Que de verdad te importa?

La sala quedó en silencio, el peso de las palabras de Alice se apoderó de todos. Pero aún no había terminado.





¡Siempre están así: aburridos, quejándose, iactuando como si el mundo les debiera algo! ¡Sus vidas maravillosas se desperdician porque ninguno toma la iniciativa! —Avanzó unos pasos, señalándolos a cada uno con el dedo—. ¿No creen que se están comportando como cobardes? Porque, sinceramente, ¡hasta yo, una niña, soy más valiente que esto!

Ada jadeó, sorprendida, mientras Katharina se incorporaba en la cama, con los ojos abiertos ante la audacia de Alice. Roxanne, aún con un dulce a medio comer en la mano, se quedó paralizada, con una expresión que oscilaba entre la sorpresa y la diversión.

"¿Cobardes?" repitió Roxanne, con una mezcla de incredulidad y risa en su voz.

Alice se cruzó de brazos, golpeando el suelo con el pie. "¡Así es! ¡Cobardes! Y si quieren demostrarme que me equivoco, ¡hagan algo! ¡Lo que sea! ¡Estoy harta de veros actuar como si fuerais poderosos, pero comportaros como si no tuvierais ni una pizca de coraje!"



Katharina finalmente soltó una carcajada, levantándose de la cama y estirándose como si despertara de una larga siesta. "Bueno, generalito, me has convencido. No puedo dejar que alguien de la mitad de mi tamaño me llame cobarde."

Ada cerró el libro de golpe con un clic decidido, con una leve sonrisa divertida en el rostro. «Alice tiene razón... y no quiero oír este sermón otra vez. Será mejor que nos pongamos en marcha antes de que decida despellejarse con sus palabras».

Roxanne, todavía con el dulce en la mano, finalmente suspiró y lo dejó sobre la mesa. "Bien, bien. Ganaste, mocosa. No sé cómo, pero me hiciste sentir culpable por un dulce".

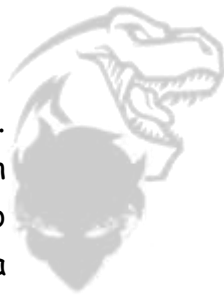


Alice, al ver que por fin había logrado quitárselos de encima, sonrió satisfecha, pero mantuvo su postura firme y desafiante. "¡Esto es solo el principio! ¡Dejen de ser cobardes y empiecen a comportarse como mujeres de verdad!"

Katharina arqueó una ceja, sorprendida por la audacia de la pequeña, y luego le dio una palmadita en el hombro. El gesto parecía casual, pero el brillo depredador en sus ojos decía lo contrario. «Estás tentando a la suerte, niña».

Alice, que por un instante pareció invencible, tragó saliva al sentir la intensidad del aura de Katharina. Le temblaron las piernas y dio un paso atrás, levantando las manos en señal de rendición. "L-lo siento...", murmuró, y su bravuconería se desvaneció rápidamente.

Katharina rió, y su risa resonó por la sala como un estruendo de diversión. "Mejor así". Se giró hacia Ada, con la expresión un poco más suave, pero aún rebosante de entusiasmo. "Bueno, aclaremos esto de una vez por todas. Como llevo meses fuera, necesito divertirme de verdad. Ada, ¿te unes? Vamos a comprar unos supercoches y a correr por la Ruta 66".



Con un movimiento elegante, Katharina sacó una tarjeta negra de su bolsillo, sosteniéndola como un arma letal. La tarjeta brilló a la luz, casi tan deslumbrante como su sonrisa segura. «Todo por cuenta de la casa, por supuesto».

Ada miró la tarjeta y luego a Katharina, cerrando finalmente el libro que aún sostenía. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. "Debo admitir que me tienta. Nada como la velocidad y la adrenalina para despertarme de verdad".

—Ese es el espíritu, compañero. ¡Hagamos temblar la tierra! —respondió Katharina, emocionada, dirigiéndose ya hacia la puerta.

Mientras tanto, Roxanne observaba la escena, sacudiendo la cabeza con una mezcla de exasperación y diversión. "Coches, carreras... De verdad que no saben relajarse como la gente normal, ¿verdad?"

Katharina se giró brevemente y le guiñó un ojo a Roxanne. «Relajarse es para los débiles, cariño. La vida se trata de emociones».

Alice, aún recuperándose de la lección de Katharina, observó cómo se marchaban, dejando la habitación más silenciosa. Suspiró, cruzándose de brazos de nuevo. "Bueno, al menos alguien está haciendo algo..."

Roxanne, cogiendo otro dulce, soltó una risita. "Tranquila, te vas a esforzar mucho... Vamos... dime cómo puedo seducir a Vergil y convencerlo de que salga conmigo", preguntó.

Alice la miró con los ojos entrecerrados, pero mantuvo una sonrisa pícara. "Soy una niña, ¿recuerdas?", preguntó, con una sonrisa aún más amplia. "¡Pero tengo algunas ideas!", añadió con entusiasmo.

